

vés de los cristales de la puerta frontera del vagón, ansioso de llegar. Lupe, sola en un rincón, reclinábase en el ventanillo, recibiendo con delicia, en plena faz, el beso del aire que alborotara sus cabellos negros. Harto distintas eran sus divagaciones de las de Nela, que en vano pretendía adivinar la causa del mutismo de Juanito, y sentada junto á él, interrogábale con insistencia:

—¿Estás reñido conmigo?

—No, Nela...

—Dilo. Ya sabes que no me molesto... En todo caso tendrías razón. Ese señor Eslava me ha entretenido bastante con sus conversaciones, y me olvidé de ti.

En la plaza de San Jacinto fuese cada mochuelo á su olivo. Mauricio y Nita, seguidos de la criada, despidiéronse de los Méndez en el jardín.

El rústico enamorado de Moni hubo de rabiar aquella noche, observando que el raudal de luz que por la ventana del estudio salía no se extinguió ni aun á las doce. Si se hubiese asomado por el cristal, habría visto la cabeza rubia y pensativa del poeta inclinada sobre la mesa, no lejos de la Venus protectora; y la rizosa de la amante resaltando del azul del diván.

Nita se había dormido mirando al artista enfrascado en plena labor, en la embriaguez de los comienzos del libro concebido de pronto. Cuando un beso cálido la despertó, sorprendióse ante las innumerables cuartillas, aun frescas, esparcidas al azar. En los cristales sonreía la aurora.

## SEGUNDA PARTE

### I

Nita detúvose ante la ventana, mirando... La primavera había muerto. Revestíase el campo con su dorada túnica: tintes amarillentos, de un amarillo sutil, casi imperceptible, matizaban la verdura del follaje y del césped. Enfrente, la chimenea de la fábrica, sobresaliendo del techo de cinc, continuaba lanzando su eterno penacho de humo, que presto se desvaía en la atmósfera transparente. Más allá, los álamos blancos, agrupados, fundían el tono pálido de sus hojas en el verde ensombrecido de los sauces y el oscuro de los pinos. Gorgoriteaba un hilillo líquido en el arroyo...

Desde sus jaulas, bañadas por el sol, trinaron los canarios. Nita reclinóse en el alféizar. Estaba triste, y pensó.

Pensó en Mauricio, á quien despidiera un momento antes. Celebrábase aquella mañana, en casa de don Luis Zayas, el banquete con que éste proponíase festejar las mejoras implantadas en *El Siglo*, cuyas oficinas se habían trasladado de la calle de la Alcaicería á la de Zuleta, donde ya funcionaba la nueva maquinaria, vomitando tres ediciones cotidianas del periódico. Su amante iba á asistir á él, en compañía de los principales redactores, así como de la familia y amistades íntimas del director.

Vistióle ella; le perfumó acariciándole; y le dijo adiós, disimulando cuanto la era posible su secreta an-

gustia; angustia que no tenía precisamente por causa aquella invitación banal, sino que arrancaba de mucho tiempo antes, de un día lejano, confundido casi con los últimos apacibles del idilio.

Apenas un año había transcurrido desde la noche en que, á la luz del alba, terminase las primeras cuartillas de su libro, y la transformación que sufriera Villaescusa, á raíz de la aparición de éste, había sido honda, acentuada, aun á los ojos de aquellos que no frecuentaban su trato. Eran los mismos sus ojos; igual el retorcido bigotillo presuntuoso y las melenas de oro que tantas veces Nita enredó entre sus dedos. Mas por el semblante del poeta, nacido en la burguesía rica, con alma bohemía, esparciase indefinido aire de importancia, que más le identificaba con la clase social en que se mecía su cuna que con la otra jocunda y bullanguera. Su carácter, antaño amoroso y frívolo, dado á las expansiones juveniles, adquiría cierta frialdad grave. Un amor propio inconfesado, pero inmenso, germinando lentamente en su interior, despojábale de su primitiva sencillez. La publicación de *Dos almas* trajo consigo un completísimo cambio en sus costumbres. Ruido grande y nunca hasta entonces visto hizo en los círculos intelectuales, no sólo de México, sino de Sud América y España; aquel librito de nitida cubierta y título rojo, en que el joven novelista, con un espíritu de observación y una subjetividad pasmosas, narró sus amores. El idilio del bardo y de la amante, desarrollado á la sombra de los árboles, bajo el cielo á veces melancólicamente nebuloso, y revestido de los ropajes sencillos, como un peplo antiguo, de su estilo fácil, llano, acariciador, bien pronto fué de los escaparates de las librerías al *budoir* de la casa culta y al estudio del artista, ávido siempre de sensaciones nuevas. Crónicas, sueltos laudatorios, elogios de viva voz, llovieron sobre el autor; dijérase que una turba, conmovida hasta las lágrimas, habíase propuesto halagarle, seducirle, conquistarle, arrancarle de su retiro y de su reposo. Porque desde aquel día no faltaron las presentaciones, los banquetes íntimos, las tertulias organizadas en su honor. Y tantos y tantos fueron los deberes

sociales que el éxito acarreó á Villaescusa, que nunca más su estudio poblóse de vagos ensueños, de gestaciones ardorosas de la obra por venir. Parecía como que una mano blanca, de sutiles transparencias, mostrase el ejemplar de *Dos almas* que lujosamente encuadernado yacía en el estante, diciendo: «No pasarás de aquí.»

Nita vió con alegría el triunfo. Para sus adentros consideraba que á ella pertenecíala también en parte; á ella, que se hiciera adorar en aquellas páginas, y reconocíase en la muñeca de ojos ingenuos que por las noches, al claror diamantino que se filtraba por entre las ramas, cubriendo la senda de caprichosa encajillería argentada, oía los versos del poeta que más tarde había de llorar sobre su cuerpecito exangüe y pálido, cuando, en un atardecer de invierno, ella expirase en sus brazos, ahí mismo, en aquel estudio que la Venus llenaba con su blancura y con su gracia. Sí; reconocíase en el libro, á través de la pintura ideal.

Y por eso, los homenajes rendidos á Mauricio, la estela de admiración que dejara al pasar, la conquista de la turba desconocida, no despertó en su alma dormidos celos ni rencores, sino antes por el contrario, gratitud no exenta de tristeza, que al fin era mujer y la arrebatában su macho.

La posición actual de Villaescusa superaba con creces á la de otros tiempos.

Don Luis Zayas, orgulloso de su redactor, y temiendo asimismo que se lo disputasen otras empresas, hubo de aumentarle el sueldo. Ganaba doscientos duros mensuales en *El Siglo*, amén de las colaboraciones en revistas nacionales y extranjeras. Pero de nada de esto participó nunca Nita. Miseros resultaban semejantes recursos para subvenir á los compromisos de la vida social. Y Mauricio, avergonzado en un principio de no mejorar la condición de la amante, é indiferente luego al ver el júbilo con que ella se prestase al sacrificio, hubo de deslizarse por la pendiente.

Acaso la musa, cuando le miraba por las tardes, reclinada en el barandal del corredor que el sol poniente envolvía en gasas de oro, se arrepintiese de sus com-

placencias, vislumbrando el desenlace amargo que tendrían; acaso solitaria en el recinto del estudio, dejara caer sobre sus piernas inmóviles el libro predilecto, entreviendo un lejano país de olvido... Pero es la verdad que si tales luchas interiores revelábanse en la palidez tenue de su rostro y en la mirada lánguida de sus pupilas, sus labios nunca tuvieron para el amante un reproche.

Había bajado la frente, escondiéndola entre las manos. La torturaba la idea fija del abandono, idea que la obsesionara de meses atrás, desde aquel en que empezó á notar la insistencia con que Mauricio concurría á casa de los Zayas. Ahí, en la mansión que ella se figuraba luminosa y rica, congregaríanse gentes de viso de que su mismo amante la habló: el banquero don Honorato Marín y sus hijas; Gastón Riera, un gomoso; el músico Augusto Miralles... ¡Y tantas y tantas otras! Sabía de memoria sus nombres, y buen cuidado tuvo de conocer, aunque de oídas, sus costumbres. Pero á medida que más escudriñaba, más la duda la roía. ¡Imposible que tales personas pudieran robarle á su amante! Eran muchachas casquivanas y frívolas las que á las tertulias de don Luis asistían, y en cuanto á María Luisa, la hija, no había para qué contarla, pues sus pretensiones hallábanse muy por encima de los merecimientos del novelista.

Sin embargo, el pensamiento doloroso, la sospecha, no desaparecían. Aquel día, sobre todo, hacíanla sufrir más. ¿Por qué? ¿Acaso porque Mauricio hubo de suspender sus visitas al domicilio del director, y ahora reanudábalas? ¿Acaso porque al partir ella adivinara en sus ojos un lúcido mirar de júbilo?

El silbato de la locomotora que pasaba ante su ventana, manchando con gris espiral de humo la diafanidad azul, la hizo arrancarse de su yo interno y volver á la realidad de las cosas. Su carita mustia expresó un mohín de hastío. Había buscado la angusta serenidad de los campos para pensar, y la aparición del monstruo que la turbara desagradóla.

Se encaminó hacia el corredor. Allá sentiríase más

tranquila. Avida de distraer el contristado ánimo, púsose á regar los tiestos, no bien llegó con mesurado paso. Dentro, en la cocina, oíase el eterno cantar de Moni. De los árboles del jardín empezaban á caer las primeras hojas. La mañana tenía, á la par que la tibieza suave del verano, la palidez áurea de la estación otoñal. Entretúvose Nita, dando tregua á la faena, en deshojar una flor de begonia sobre la baranda. El sol, colándose por entre la hiedra que entoldaba de verdura el arco, hacía resaltar el ámbar levemente sonrosado de sus mejillas.

Un apuesto oficial detúvose entonces tras de la verja. Miró hacia el interior, escudriñando hasta los rincones herbosos, como si buscara algo. Era el teniente Gustavo Arenas, quien, á hurtadillas, al mediodía, cuando menos riesgo corriese de ser visto por don Alejo ó Jacobina, venía á cambiar tres palabras con la morena, novia suya desde tres meses antes: desde aquella noche en que el boticario, contra sus hábitos, dejase asistir á los retoños á un jolgorio casero, á instancias de don Aquiles, que se brindó á acompañarlas, y del cual tornaron Juanito ebrio de coñac y de pena, y Lupe con pretendiente buen mozo y de grandes arrestos.

No hacía mucho tiempo que aguardaba ahí, en acecho, cuando ella salió alborozada, risueña... Se dieron la mano. La voz de Lupe tenía la armoniosa sonoridad del agua de la fuente al caer. El sonreía, kepis en mano, galante, fascinador.

Nita les consideró un momento. Parecía que á sus ojos se esbozaba un fantasma del pasado, y maquinalmente, apretada la garganta, huyó...

En aquel propio instante, Mauricio Villaescusa, en un rincón del tren, se entregaba á una visión del futuro, mirando con indiferencia los paisajes que á modo de cinta cinematográfica se ofrecían al paso. Por un fenómeno que él explicábase de modo incierto, había perdido casi su antiguo amor por la Naturaleza. Al medio ambiente, entonces de singular hermosura, con el misterio de sus quintas adormidas bajo la luminosa caricia del otoño, prefería la contemplación de su vida interior.

El ergotismo, exagerado ahora en él, en razón quizás de la fogosidad de su temperamento, anulaba al soñador de antaño. Como en los lejanos tiempos de su niñez, de una soledad claustral, de un aroma místico de incienso, solía recluirse en sí mismo en hondas meditaciones, de las que tan sólo su bullanguera existencia conseguía apartarle. Experimentaba una ambición insaciable, verdadera sed de esplendores.

Las primicias del triunfo, descorriendo ante el poeta el velo de un paraíso posible, tornáronle descontentadizo, y le hicieron soñar en días de placer y de gloria. ¡El porvenir! Tal era su preocupación constante, el fin al cual sus actos se encaminaban.

Durante la travesía reflexionó en el convite. Cierta que iba invitado, como los demás redactores principales de *El Siglo*. Pero en su mente borrábase la faz burguesa de don Luis Zayas, el anfitrión, sustituida por la coqueta de María Luisa. Varias veces palpó, en la cartera, el billetito que tanto le sorprendiera la víspera, al recibirle, y que encerraba nada menos que una amistosa orden de la hija del director para que asistiese al banquete.

Evocó luego los detalles más nimios de aquella amistad, fría y simple al principio, y ahora casi íntima: el saludo altivo de ella en los comienzos de su estancia en el periódico; las frases de benévolo elogio dichas á propósito de alguna de sus crónicas. Después, á continuación del buen éxito de *Dos almas*, uno de cuyos ejemplares la enviase Mauricio con atenta dedicatoria, la mano franca, las sonrisas iluminadas por el asombro; las visitas, escasas primero, frecuentes más tarde, en que María Luisa, á su vez, le deslumbrara con su frivolidad de buen tono. Y si bien es verdad que la señora de Zayas mostró entonces no pocos escrúpulos ante asiduidades tales, cierto era que, al presente, habíase declarado vencida por las galanterías y casi adulaciones del mozo, el cual, sin darse perfecta cuenta, no se desdenaba de practicar la máxima de que para ser grato á la hija hay que gustar á la madre; aunque, por lo demás, rendida parecía aquélla, á juzgar por sus veladas demostraciones durante los paseos en coche que pronto

emprendiera con el novelista, y las discretas charlas entabladas en un rinconcito del salón. ¿Era aquella amistad amor? ¿Era refinada simpatía? Ignorábalo Villascusa. Atraído por la vanidad, no muy tarde hubo de entregarse á tan delicioso jugueteo. Ser algo así como el predilecto de una chica cuyo rastro husmeaban los cazadores de dotes, complaciale. Más de una vez se preguntó si algún amoroso impulso le animaba en sus relaciones con la señorita Zayas, y él mismo no vaciló en darse rotunda negativa. Teníala por encantadora amiga, un tanto desenvuelta y coqueta, pródiga en atractivos y maestra en el arte de agradar; por una mujer, en suma, complicada, llena de sutilezas, y no toda alma como las por él hasta entonces conocidas, la cual, por su frivolidad misma, era varia; y como varia, apetecible. En breve descubrió, no obstante, que sus inclinaciones hacia ella no eran puramente amistosas: una charla fútil de María Luisa con Gastón Riera, asiduo visitante de la casa, bastó para revelárselo. La había visto tras un biombo, en la sala, cuchicheando con ese aire de complicidad que en ocasiones adoptan amigos de diferente sexo. Riera decía en secreto frases que arrancaban á sus labios menudas risas. Y advirtiéndolo, Mauricio sintió que una oleada de malquerencia y de odio al intruso le invadía. Le torturó el despecho. Mas, sin embargo, contúvose, y al terminar el té de aquella tarde, salió iracundo, como si le hubiesen robado algo propio, sobre lo que tenía indiscutible derecho.

Sin reconocer aún que tal arranque fuera de amor, hízose formal promesa de entibiar sus relaciones con los Zayas. Durante una semana no concurrió á la aristocrática morada, domeñando el deseo. ¡Una semana bien amarga para Nita, en la que tuvo la vislumbre de su desdicha; porque ó bien el poeta permanecía en casa, taciturno y caviloso, ó bien regresaba tarde, al amanecer, con señales evidentes de desenfreno! Pero más dolorosa que el desvío y la ausencia, fué la impresión que la causara el rostro iluminado de Mauricio aquella propia mañana, cuando se vestía presuroso, á fin de asistir al banquete malhadado.

María Luisa le había escrito. Era la primera vez. ¿Acaso dióse cuenta de la actitud de él y comprendió su falta? Desgranando estos pensamientos, temeroso y anhelante á la vez de que se confirmaran, bajó del tren en la esquina del Colegio de Niñas, dispuesto á dar un paseo, ya que contra sus previsiones había llegado media hora antes de la convenida.

Las calles parecían embriagarse en la actividad febril que al mediodía sobrecoge á México. Era un va y ven ensordecedor de carruajes y trenes. En el coliseo, grupitos de toreros charlaban animados en su caló andaluz; las cantinas elegantes vomitaban por sus puertas de cristal caballeros excitados por el calor y el alcohol; un matrimonio lujoso pasó por mitad del arroyo, al trote largo de los caballos que tiraban del coche, adornado en las portezuelas con ramos de azahar, y seguido por la turba curiosa de papeleros que voceaban los periódicos de la tarde. Villaescusa columbró apenas el rostro de la novia nimbado de blancura, y hubo de quedar extático ante la visión que pasaba, hasta que el último cupé del cortejo desapareció á lo lejos. Compró violetas á una florista, acordándose de que á María Luisa le gustaban tanto, y paso á paso, lentamente, siguió la calle de San Francisco.

Sonaba la una cuando se detuvo ante la casa de los Zayas. Era ésta un hotelito de construcción moderna, que respiraba frescura y gracia. En ambos extremos sobresalían airoas torrecillas, por las cuales trepaba la hiedra, matizando de verde tierno la negrura de la piedra. Un corredor, precedido de linda escalinata, daba acceso á la planta baja. En la alta, alineábanse las ventanas, con las persianas cerradas, infundiendo así á la mansión seductor misterio. Arriba, en la cima de una de las torres, un pararrayos de caprichosa forma lanzaba dorados reflejos. En torno á la casa extendíase el jardinillo inglés, coquetón, luminoso, sin espesuras, sin nidos de hojas que atrajeran la penumbra sobre el menudo césped. Los rosales surgían del manto tenue de verdura, rompiendo la monotonía del color con los botones que temblaqueaban en las ramas. Los rododen-

dros, de suave tinte amarillento; las violetas, pudorosamente escondidas entre las hojas redondas y verdinegras, y los mastuerzos, de distintas florecillas blancas, ponían su nota multicolor en la uniformidad de los prados, en tanto que campánulas y azaleas festoneaban los muros. Y todo aquello tenía un no sé qué de artístico dentro de su artificio mismo, que encantaba á Villaescusa, hastiado ya de la rudeza pujante del jardín de su retiro.

Cruzó despacio la escalinata, como embriagado por aquel aroma de flores que durante una semana añorase; dejó sombrero y bastón en manos del lacayo, en la antesala, y penetró en el salón dominando el sobresalto que sentía con una sonrisa serena que daba más importancia al bigotillo rubio presuntuosamente retorcido.

A la claridad tamizada por los cortinajes de color crema, advirtió que ya se encontraban ahí, aparte de la familia, algunos invitados. Enriqueta y Fanny Marín charlaban con María Luisa, cerca del balcón; don Honorato, su padre, entreteníase hablando de negocios con el director de *El Siglo*, y en un rincón, como si quisiera evitar la caricia de la luz, por temor de su cutis ajado y rugoso, á pesar de los afeites, la señora de Zayas daba consejos, ayudada por la de Marín, al impenitente Gastón Riera. Villaescusa fué presentado por don Luis á la familia Marín «como uno de los más espirituales cronistas que escribían en México, y novelador de gran porvenir». Saludó á María Luisa con un apretón de manos, que ella hubo de contestar efusivamente, llamándole ingrato y mal caballero, á pesar de sus excusas, mientras que Riera, tosiendo y desentendiéndose de los sermones de las señoras, fijaba en el periodista los ojos, no sin cierto sobresalto. Y hubo de sentarse junto á lo más joven de la reunión, á tiempo que sentía entrarle por los poros una gran tranquilidad, inmensa confianza en sí mismo, sin duda inspiradas por el rico mueblaje de la habitación, pues aunque poeta y bohemio por añadidura, no podía olvidar su cuna mecida entre encajes.

Las Marín eran dos primorosas muchachas: morenita, pequeña, carnosa, de grande boca sensual y ojos vi-

varachos la una; blanca, delgada, seria, un tantico altiva, la otra. Acababan de llegar de Europa, en donde vivieran un año en compañía de sus padres. Los caracteres de entrambas definíanse por las impresiones recibidas en el viaje.

—¿Estuvo usted en Italia, señorita?

—Sí, señor Villaescusa—respondía Enriqueta, la pequeña—. ¡Una lata atroz! Porque figúrese usted, todo se volvía cuadros y más cuadros, ruinas, palacios viejos... ¡Una lata! Dicen que aquellos lienzos son bonitos, maravillosos... A mí se me antojaron feísimos. Figúrese: caras largas, así... los niños Jesús las tenían redondas; mujeres desnudas... ¡Horrores de inmoralidad! Yo me tapaba los ojos para no verlas; mamá estaba sofocadísima y reprendía á papá por enseñarnos cosas tan poco decentes. Pero el pobre papá sentíase tan aburrido... Me confesó que tenía la cabeza en el aire. ¡Y es natural! ¡Tanto cuadro!

Luego, haciendo un mohín, agregó:

—A mí me gusta más, muchísimo más, París.

En tanto que el periodista la consideraba para sus adentros, estupefacto, la primogénita, Fanny, arrebató la palabra:

—¡Ya lo creo que París! ¿Sabes, María Luisa, que hay unos talleres de confecciones portentosos? ¡Lo más original que vi!

—¡Epatantes!—exclamó la morenita.

El palique hubo de interrumpirse, sin embargo, al penetrar en la estancia las Aréchigas, acompañadas de la autora de sus días, doña Remedios, la «viuda de Aréchiga», como la llamaban despectivamente sus amistades; una señora de gran corpulencia, mofletuda, de vientre asaz desarrollado, que cubría la tela de la falda cayendo en anchos pliegues, que la daban la apariencia de campana con busto de mujer. Tenía una voz gruesa, imperativa, y hacía gran derroche de diminutivos, llamando á todos por su nombre. «Mi querida Lucianita.» «Mi estimado Luis.» Conchita y Lola, los dos retoños, eran tímidas, ruborosas, no feas, de grandes ojos negros y tristes que se humillaban á la más insignificante frase,

en especial si envolvía un elogio, como si allá en lo hondo de sus almas de huérfanas pobres comprendiesen que todo era falso en aquel gran mundo adonde las arrastraba su mamá, sostenedora impertérrita de las preeminencias sociales. Decíase que el padre las había dejado arruinadas al morir, y que, *sotto voce*, trabajaban en labores de costura, á fin de sostener, no sin ayunos, la posición en que viniesen al mundo, siendo recibidas en la mejor sociedad más por lástima que por amor.

No bien se hubieron sentado, acogidas por las frases benévolas de los señores de la casa, entraron Augusto Miralles, Esteban Conti y Julio Eslava, en medio de la zambra ya reinante. Los dos amigos se dieron la mano. Eslava sentíase un si es no es confuso, actitud que contrastaba con la de Miralles y Conti, que en un instante dominaron la reunión, el primero con su *pose* habitual de músico de profundas entendederas, y el otro con su *chic* atrevido de mozo que llega, en fuerza de audacia, desde los albañales del periodismo á la crema social un tanto turbia á que pertenecía el regordete director de *El Siglo*.

Sólo faltaban el indispensable Enrique Goytia, que no tardó en presentarse con su elegante saco de casimir inglés, sus choclos de charol, que dejaban ver los calcetines de finísimo calado y sus guantes de piel de Suecia; y Consuelo Villaseñor, la espiritual viudita, que llegó minutos después, sofocadísima, las mejillas de niña ligeramente carmíneas, sonreidoras las pupilas.

—¡Ay! Perdónenme ustedes. Tenía visita en casa y hasta ahora no he podido salir...

Revoloteó como un gorrión travieso; saludó expresiva á Goytia y demás presentes y al cabo vino á sentarse entre las señoritas, no sin prodigar antes á Villaescusa mil elogios por su artículo de la mañana. Alta, esbelta, un poco robusta, tenía su cuerpo la madurez de los treinta años; era *sqbrosa*, según la gráfica expresión de Enrique; atrayente, con el atractivo de la manzana en sazón, purpurina, que balanceándose en la rama nos invita á cogerla. No poseían sus ojos, de un color entre

verde obscuro y avellana, con mil puntitos fosforeantes, la grata inocencia de los de las señoritas de quince años; más bien advertíase en ellos el mirar voluptuoso, amorosamente lánguido, del otoño juvenil, realizado por la palidez de las ojeras, que semejabán leve pincelada de sombra sobre el cutis moreno.

Al decir de Goytia, que era el cronista de vidas privadas de aquel pequeño círculo, Consuelo Villaseñor habíase casado en su mocedad, casi adolescente, con un señor rico de su pueblo, brindando su juventud á la lascivia senil del septuagenario esposo, el cual diez años después de la boda entregó el alma al diablo y la hacienda á su cara mitad, que buen cuidado tuvo, en los deliquios amorosos del anciano, de asegurarse una viudita independiente en México, lejos de sus parientes, con casa propia, criados y coche, como al fin hubo de conseguirlo. Ahora hacía la delicia de sus amistades, por su carácter franco y abierto; y rodeada de una turba de adoradores, era de verla recorrer los salones, indiferente al parecer, por más que se contasen de ella milagros que ponían rojas las mejillas de las chicas sus amigas.

—Como puede ser, puede no ser. ¡Vaya usted á adivinarlo!—respondía Goytia sonriendo y acariciándose la sedosa barba rubia de galanteador de cuarenta años, cuando algún amigo solía consultarle el caso—. Lo que sí digo, y la seguridad de mis opiniones garantízala una larga experiencia, es que pocas, muy pocas mujeres la igualan. ¡Oh!, tras de esos ojos hay muchos placeres escondidos, *mío caro*.

Un doméstico anunció que la mesa estaba servida. Los invitados pusieron en pie, con gran ruido de sillas removidas. Don Luis Zayas tomó el brazo de la señora de Marín á tiempo que don Honorato ofrecía el suyo á la dueña de la casa, y tras de ellos siguió la alborotadora juventud, encabezada por Goytia, quien bromista y reidor iba en medio de la viudita y Enriqueta, y cerrada por la majestuosa doña Remedios, para la cual no era cosa del otro jueves encontrarse sin caballero.

El comedor, inundado por la claridad diáfana que se

filtrase á aquella hora á través de los cristales, olía á muebles nuevos. El menú fué exquisito. Gastón Riera se las había ingeniado de manera de sentarse junto á María Luisa; mas fracasó en su empeño, porque la moza ofreció el asiento inmediato al suyo á Mauricio, en tanto que él resignábase á atender á Fanny Marín.

Mariposeó la charla al principio sobre asuntos baladíes. Goytia pirrabase por servir á Enriqueta, no omitiendo ocasión de rozar suavemente con sus manos, al coger el tenedor, los brazos desnudos de la gentil chiquela, y sonreía galante á Consuelo, al lado de la cual, solícito, hubo de tomar asiento Esteban Conti. Miralles inició sin éxito el tema musical, hablando con gesto de iniciado acerca de los grandes maestros rusos. La conversación decaía visiblemente; pero no bien los labios mojaronse repetidas veces en el vino de las copas, aquello fué un escándalo de alegría y de ruido: Goytia, acariciando con su delicada barba los hombros de Enriqueta, la decía al oído chascarrillos de su especialidad, haciéndola enrojecer, jubilosa; enaltecía Miralles las excelencias de Tschaikowsky á Conchita Aréchiga, con gran confusión por parte de ella, que ignoraba quién fuera ese señor; Conti empeñóse en conquistar lentamente á la viudita, que, fría en los comienzos, prestaba ya atención á sus galanteos, sin perder por ello de vista á Enrique; y allá en el extremo de la mesa entablóse feroz discusión entre las personas mayores á propósito de los méritos de la actriz italiana en boga.

Y el novelista era extraño á todas estas controversias y decires, en los cuales agitábanse las pasiones minúsculas, las pequeñas vanidades de los otros, absorto como estaba en la contemplación de María Luisa, que aquel día dijérase hubo de proponerse deslumbrarle, fascinarle, espíritu y cuerpo unidos, como si no bastándola el encanto de sus ojos, de un mirar tan largo y acariciador, quisiera añadir las mil coqueterías que en ocasiones tornan hermosas las caritas feas y siempre realzan la verdadera belleza. Tuvo para con él delicadezas sin cuento; recordóle con detalles los asuntos de las crónicas de ocho días atrás, como si durante la ausencia del

poeta hubiese vivido con él idealmente; logrando con frivolidades tantas atraer á Mauricio, como atrae la flor singular y rara, embriagarle á tal punto, que Julio Es-lava, colocado á la derecha del señor Zayas, lo advirtió con sorpresa.

A la mitad de la comida, los comensales hallábanse en ese comienzo de embriaguez que, poblando los cerebros de una suave, de una transparente niebla, hace murmurar á los labios frases de nervioso júbilo. En las pupilas húmedas de las mujeres insinuábanse miradas de impalpable languidez, en tanto que sus mejillas se teñían de púrpura. Los varoniles rostros, al inclinarse iniciando el embozado piropo, adquirían un aire picaresco de buen tono. Y en verdad que no fueron pocos los galanteos que el demonio de Goytia susurró al oído de Enriqueta, que ahora reía estrepitosamente, secre-teándose con él, á pesar de las miradas furibundas de la señora Marín. Asimismo, Conti trabó una discusión amorosa con la viudita. Tratábase de si la mujer, caso de contraer segundas nupcias, regalaba á su nuevo marido con halagos equivalentes á las primicias otorgadas al primero. La charla, como todos observaron, era picante; mas había que ver la habilidad con que ambos interlocutores sorteaban los escollos de frase. Ella sostenía que no, disertando sobre la ilusión del primer amor, como si su marido hubiera sido un efebo; Conti, por el contrario, afirmábase más y más en su teoría relativa á la perfección del amor entre gente dotada de la natural experiencia.

El asunto interesó á todos, no obstante la presencia de las señoritas. Y cuando el ladino periodista, vencido casi por las opiniones adversas, inclinóse á fin de recoger del suelo la servilleta que se le cayera, descubrió que el amigo Goytia, en tanto que cortejaba á la señorita Marín, retenía entre los suyos, bien aprisionado, un pie de su brava interlocutora. Hizo ésta un movimiento para desasirse, mas era tarde ya.

Conti, mitad confuso, mitad regocijado por su descubrimiento, se volvió hacia ella, adulator:

—Me sostengo en lo dicho, señora. Las viudas poseen

sobre las célibes la ventaja de ser generosas, ¡oh, sí! espiritualmente generosas...

Erojeció ella. Pero el diarista no pudo adivinar si su mirada era de agradecimiento ó de enojo.

Después del café, volvieron los mozos al salón, mientras que la gente grave quedábase charlando de sobremesa. El sol poniente esplendía sobre los tapices y arrancaba reflejos de oro á los espejos. María Luisa y Mauricio, casi escondidos en un rincón, junto á la ventana abierta, por la cual escurriábase las odorantes brisas del jardín, entregáronse á una conversación íntima, en tanto que Goytia ejecutaba vales de moda en el piano, con gran enojo de Miralles.

—¿Me promete usted no ser así en adelante? ¿Por qué desterrarse de una casa en la que encuentra cariño de una amiga que le distingue?

—Sí; lo prometo...

—Venga con frecuencia. Pasaremos muy hermosas tardes en mi estudio. Leeremos, charlaremos largamente de cosas de arte. A mí la literatura me gusta muchísimo... ¿Me lo promete usted?

—Sí, sí...

Y Villaescusa, en este sí murmurado á flor de labio, ponía su alma, su alma exquisita de contemplativo, fija hasta entonces en los ojos de la amiga y en el cielo, revestido de las galas del crepúsculo de Octubre.

Ella suspiró más tarde, en el piano, algo del *Carnaval*, de Schumann. Villaescusa sentía correr por sus nervios un leve estremecimiento á medida que se desgranaba en el teclado la dulce lamentación; sobrecogíale inexplicable tristeza, en la que iban envueltos vagos deseos, anhelos de amante y de poeta. María Luisa, de espaldas á él, con su cabellera de rubio obscuro, de la cual se desbordaban algunos rizos, destacándose de la nivea blancura de la nuca, sustituía la silueta grácil de la otra, de la musa bohemia que contemplase en idénticas circunstancias, tiempo atrás, en la salita del boticario, cuando de los labios de la ciega salían temblando los versos de la romanza, tan distantes, tan lejanos ya en los horizontes de su vida interior.



La familia Marín se despidió á las seis, encantada de la fiesta. En el jardín detúvose don Honorato, deseoso de admirar á su sabor la lujosa morada. El director de *El Siglo* inflábase de vanidad á cada uno de los piropos de su amigo, acordándose de sus negros días de joven recién llegado á la metrópoli, sin influencias ni pan, y comparádoles con esta época de esplendor y de fausto. Entretanto, Conti y Goytia sostenían un aparte interesante, viendo cortar flores á las Marín, ayudadas por Consuelo Villaseñor y María Luisa.

—¡Hombre, Goytia, usted es partidario del monopolio!

—¿Por qué?

—Hágase el tonto, amigo...

—Chico, francamente, no atino...

—No se contenta con Enriqueta. Le gustan, asimismo, las frutas maduras.

—¿Se refiere usted á Consuelo?

—¡Claro!

—Nada tengo que ver con ella, si he de ser sincero...

—Y qué tendría de particular!

—Es lo que yo digo. ¡Qué tendría de particular! La viudita es una delicia para la cama; mientras que la otra...

—¡Ah! Cuestión de dote... *Pardon, mon cher.*

Y el jefe de repórters hizo una profunda reverencia.

Villaescusa y Goytia fueron los últimos en salir. No teniendo ocupación ninguna á tales horas, el periodista cogióse del brazo de su amigo y ambos remontaron lentamente el Paseo de la Reforma. En la tonalidad gris del crepúsculo dibujábase la hermosa avenida, con sus palacetes y sus jardines; de los árboles que se erguían al borde de la acera, parecía desprenderse un hálito de frescura que embalsamaba la tarde otoñal. Los focos eléctricos, alineados á lo largo del Paseo, comenzaron á encenderse, semejantes á globos luminosos inmóviles. Mauricio caminaba despacio, poseído de una dulzura sedante; á ratos, sin embargo, inexplicable inquietud le sobrecogía, como si lo sucedido aquella tarde fuese algo que transformaría quizás su existencia futura. Enrique

Goytia, en cambio, aspirando bocanadas del humo de su puro, charlaba alegremente, beatíficamente, recordando los mil detalles de aquella fiesta, para él amena. Y complaciase á las claras en subrayar todo lo que á María Luisa se refiriese, como si quisiera iniciar algún tema de conversación que el silencio del novelista no autorizaba aún.

—Milagro parece—decía éste, picoteando con su delgada caña las hojas secas encontradas al paso—. Casi siempre, á esta hora, para mí la más triste del día, experimento un cansancio, un aburrimiento infinito... Ahora, ¡ay! ¡qué bien estoy; con qué gusto suspiro!...

Calló, temeroso de ser indiscreto, de confiarse demasiado á aquel vividor elegante, del cual apenas sabía el nombre. Pero en sus adentros aleteaba el deseo de hacer confidencias, de explayarse, de hacer partícipe á otro de su propia felicidad.

—Bien lo comprendo, amigo Villaescusa; bien lo comprendo. Las demostraciones de María Luisa no son para menos...

Su primer impulso fué el de negar; mas una no reprimida curiosidad hízole preguntar, ingenuo:

—¿María Luisa?...

—Sí. Que ella tiene marcadísima predilección por usted, no vamos á discutirlo; eso se siente, más bien que se ve. María Luisa es caprichosa, rara. Yo, á pesar de tratarla desde niña, no la entiendo. Es una muchacha educada dentro de la aristocracia, si es que aristócrata puede llamarse un periodista que sin necesidad de la pluma ha sabido enriquecerse. Tiene todas las aficiones, los mismos vicios que las de su clase; pero, asimismo, refinada en esa atmósfera de semiintelectualidad en que se ha criado, abriga tendencias vulgares que la distinguen. Quizás sea un barniz de cultura; quizás una monomanía adquirida en fuerza de la costumbre. ¡Vaya usted á saberlo! Mas lo cierto es que ella le halló á usted en su camino; que usted es poeta (más poeta que novelista), y que, por lo mismo, se inclina más á usted que á Gastón Riera, pongamos por caso. El talento, el don poético, no se adquieren con dinero; mientras que

la elegancia, el *chic*, son cualidades para alcanzar las cuales sólo basta el oro y una miaja de frivolidad...

Poco á poco iba Goytia echando mano del tono doctoral que le era peculiar cuando á propósito de almas ajenas disertaba. Su larga lectura de novelas contemporáneas, así como el gran conocimiento que de la vida social adquiriese, habíanle dado fama de psicólogo de salón; fama que él se encargaba de explotar, y que á tal punto había impuesto en el ánimo de todos, que aun los más doctos en la materia le oían con atención suma.

En Villaescusa, soñador y joven, no dejaron de hacer mella los razonamientos del cuarentón. Hubo de escucharle gratamente sorprendido, con aquella ingenuidad que le hacía sobreponer su amor propio satisfecho á cuantas consideraciones en contrario pudieran oponerse. La seguridad en el amor de María Luisa ibase afirmando á medida que Goytia dejaba caer cada una de sus palabras. Así es que no fué menuda su confusión cuando, después de haber discutido entrambos la posibilidad de un afecto real de la señorita Zayas hacia él, Enrique penetró sin ambages en el lado turbio del asunto.

—Bueno; ¿y qué saldría usted ganando si María Luisa le quisiera?

Villaescusa vaciló.

—Hombre, al menos el orgullo de ser amado por ella.

—¡Poca cosa, en verdad!—replicó el otro, moviendo la cabeza.— Usted sueña, usted no vive dentro de la realidad; usted mismo ha hecho, á los veinticinco años, la bancarrota de su vida. Y es lamentable...

Enmudecieron. La noche había cerrado ya, y entre nubes asomó una luna pálida, esmirriada. Los carruajes emprendían violentamente el retorno, con las linternas encendidas, poblado de lucecillas temblonas la lejanía del paseo. Susurraban las hojas.

—Yo también soy otro fracasado. Arrastro mi soltería sin esperanza; estoy solo y lo estaré siempre. Pero esto me conforma, porque ha sido por mi gusto. Fui rico y fui joven; hice la comedia del amor sin enternecerme mucho, y ahora he acabado por amarme á mí mismo, cuando mi juventud ha muerto y los restos de mi for-

tuna apenas me bastan para llevar una vida cómoda, sin lujo casi... ¡Pero usted! Usted, que es pasional por excelencia; que tiene por delante un porvenir; que hubiera estado en aptitud de lograr un gran matrimonio, se ha puesto los grillos de un amor prematuro, que le impiden dar un paso. Es triste detenerse en el camino, sin fuerzas para el triunfo, pero sin deseos de él, á los cuarenta años; más lo es aún quedarse inmóvil en la flor de la edad, cuando todavía se alimentan sueños y la esperanza sonríe...

Y continuó hablando, hablando sin cesar, en voz baja, que á veces adquiría una sonoridad extraña, repercutiendo en la silenciosa calle por donde se internasen, sobre cuya acera los arbolillos proyectaban una ligera sombra. Y cada una de sus palabras penetraba muy hondo en el corazón del mozo, acrecia su angustia. Le escuchaba éste mudo; oíale discutir sobre su vida anterior; sobre el problema del matrimonio en la actualidad, que para el insigne vividor era un enigma, según lo predicaban los Evangelios.

—Créame, Mauricio. El amor ha desaparecido ya. Acaso fué, en el pasado, un convencionalismo que inventaron los poetas. Se siente uno atraído hacia la mujer, no por el cariño irreflexivo, ilógico, nebuloso, sino más bien por el encanto físico de ella. (Yo no creo en las prendas morales que explican el amor.) Y los encantos físicos desaparecen un año después de la boda. Nada resta entonces, como no sean las ventajas pecuniarias ó sociales del enlace. Cuando no se buscaron éstas, el hombre encuéntrase de pronto condenado á una vida fútil, al lado de la hembra envejecida. En nuestro tiempo sólo puede existir el matrimonio por conveniencia...

Después, volviéndose á Villaescusa, el cual seguía escuchándole taciturno, añadió:

—¡Ah! Es un vacío inmenso el de la vida. Yo le aconsejo, mi joven amigo, que si usted puede labrarse un futuro dichoso, de placeres efectivos, no vacile. Ahora quizás sería tiempo; más tarde, ¡quién sabe!...

Detuviéronse ante una verja revestida de hiedra, que limitaba un hotelito.

—¡Y basta por hoy de sermones! —añadió Goytia riendo, en tanto que arrojaba la colilla del puro, casi extinto ya—. Me he permitido darle consejos, porque le admiro y le quiero. ¿Gusta de entrar? Tomaremos una taza de té.

Luego, viendo que Mauricio se excusaba, le tendió la mano:

—Hasta muy pronto; en el baile del onomástico de María Luisa. No le prometo verle antes, porque soy hombre de fiestas.

Solitario vagó por aquellas aristocráticas vías de la Colonia Juárez, entregado á un soliloquio sin palabras, absorto, aturdido ante la avalancha de reflexiones que germinasen en su cerebro. Sentóse en una de las bancas de la plazoleta próxima. Su pensamiento volvía sin cesar á los años de la infancia. Pensó que él hubiera podido ser rico y figurar en la comedia social; se acordó de su tía, rodeada ahora de clérigos que trabajaban en secreto por la herencia que hubiera podido ser suya; de aquella severa mansión donde transcurriese su breve adolescencia, y que él abandonó para correr en pos de un ideal amoroso que se desvanecía; de un ideal artístico que, al realizarse, oponía á sus propósitos ridículos de mansa existencia el obstáculo de la ambición insaciable, de los honores, de la gloria... Y al cabo de tantos pensares, alzábase la morada suntuosa de don Luis Zayas; aparecía, en letras de oro, el título del periódico, y en la penumbra del gabinete los ojos de María Luisa, atrayentes, seductores, le miraban, le miraban como algo lejano, como algo que no podría alcanzar...

Abatido hubo de encaminarse horas más tarde á la estación de trenes próxima. A aquellas horas era ya el infortunado que, en pleno triunfo social, siente el peso enorme de los compromisos pasados.

Cuando penetró en la alcoba, allá en San Angel, Nita fingía dormir. En su rostro advertíanse huellas de tristeza y de lágrimas, en que Mauricio no reparó. La lámpara iluminaba apenas la habitación tibia, en tanto que él se desnudó, indiferente. Metióse bajo de las sábanas; apagó la luz, y en la obscuridad, que tornaba penum-

brosa el sutil resplandor de la noche, filtrándose por las rendijas de la ventana, hubo de entregarse de nuevo á sus cavilaciones. Mucho tiempo después percibió un rumor leve, como de sollozos ahogados entre las ropas.

Entre colérico y compadecido, insinuó una pregunta:

—¿Duermes, Nita?... ¿Qué tienes?

No obtuvo respuesta, y continuó pensando, pensando, con los ojos fijos en la tenue vislumbre que parpadeaba en las tinieblas.